

LA NOCHE POSTPETROLERA

Durante 25 años la renta petrolera ha financiado la democracia venezolana. Esto no significa que nuestra democracia haya sido un mero subproducto del petróleo. Tuvimos petróleo con dictadura y la democracia fue conquistada a través de luchas políticas, sociales y finalmente militares. Pero sí es cierto que la renta petrolera en manos del Estado se convirtió en el "recurso" principal para el ejercicio democrático: un recurso natural no renovable fue usado como expediente para soslayar problemas de fondo. Mermado el recurso, reaparecen los problemas. Reaparecen en un momento signado por el desgaste de hombres, maquinarias y pactos. Una coyuntura especialmente desfavorable para que el sistema político afronte decisiones costosas. Y sin embargo el dilema se plantea inexorablemente.

DEMOCRACIA SIN REFORMAS

La democracia se concreta principalmente en tres aspectos: libertad de opinión pública e independencia del poder judicial, escogencia universal de representantes libremente asociados en agrupaciones políticas y redistribución de las cargas y beneficios económicos a través del aparato estatal. Las dos primeras funciones son imprescindibles, pero no se mantienen sin la tercera, que en los países del tercer mundo es sin duda prioritaria y se expresa a través de los servicios y el fomento.

El Estado democrático se enfrenta al problema de la escasez de recursos. Estos, además de ser crónicamente menguados para la magnitud de las tareas, se encuentran mayoritariamente en manos de los dueños tradicionales (oligarquías) o nuevos (burguesías) del capital: De ahí la necesidad de una serie de reformas puntuales (reforma agraria y nacionalizaciones) y estructurales (reforma tributaria) para sentar las bases económicas de una democracia social. La finalidad de esta reforma es doble: por una parte asegurar fuentes estables de financiamiento estatal; por otra redistribuir el poder político, de modo que el poder de la clase capitalista quede balanceado con el aumento proporcional del de las otras clases, en sí mismas y a través del Estado que en alguna medida las expresa. Naturalmente que los capitalistas resisten cuanto pueden dejando de producir y presionando mediante los medios de comunicación que mayoritariamente dominan. Es la lucha de clases. Que, gracias a Dios, en la democracia se expresa sólo a nivel ideológico y económico. El talento de los políticos ligados a las clases populares y sectores medios está en convencerlos (mediante el uso de la palabra avalada por afirmaciones concretas de poder político) de que a la larga les conviene entrar en el pacto democrático porque lo que pierden en cuotas de poder y ganancias lo ganan en estabilidad, expansión general y garantías.

En nuestro país hubo lucha de clases porque las oligarquías y los nuevos ricos no querían ceder sus privilegios ni la participación política popular. Pero fue relativamente fácil persuadirlos porque no se impusieron reformas (la reforma agraria fue un grandioso negocio tanto para los latifundistas como para los partidos políticos; y las medidas económicas de Rómulo Betancourt se tomaron en un momento de crisis no sólo económica sino política y social que hizo proclive su aceptación). De este modo el petróleo se convirtió no sólo en el suministrador de recursos al Estado para que pudiera cumplir su papel de redistribuir sino también en el expediente que hizo posible ladear las reformas. De este modo el petróleo permitió que surgiera y se mantuviera una democracia sin que el poder de la burguesía se encontrara balanceado por el poder de las otras clases sino sólo por el del Estado. Pero de este modo, como el Estado venezolano no ha sido expresión del poder de la clase popular y los sectores medios, inevitablemente, a pesar de su relativa independencia, cada vez más ha ido cayendo en la órbita de los sectores poseedores del capital. Con las clases populares cumplía otorgando servicios, empleos y donaciones; con la burguesía, poniendo en manos de sus representantes la política económica a través del ministerio de Hacienda y reaccionando ante las exigencias de Fedecámaras (siempre que lo permitiera la racionalidad global del sistema o no chocara con los intereses de los grupos más asociados en ese momento al Ejecutivo).

Así pues la renta petrolera, que pudo ser arma para edificar una democracia social (fundada en una efectiva redistribución de poder económico y político entre las clases y de este modo en una base social balanceada y estable), fue utilizada para fortalecer al Estado y las maquinarias partidistas y para afincar y en gran parte incluso crear la burguesía. Esta

decisión política no sólo fue restringiendo poco a poco el ejercicio democrático sino que determinó la debilidad interna de esta construcción histórica que tanto nos enorgullece. Esta ilusión de armonía pudo mantenerse como tal a causa de la bonanza petrolera. Las voces que alertábamos en contra parecíamos aguafiestas y éramos descalificados como profetas del desastre. Hoy vuelve a plantearse el dilema: o reformas o muerte de la democracia (bien por un golpe y un cambio de sistema, bien por inanición dentro de lo mismo: la muerte de un concepto cuando se niegan una a una todas sus cualificaciones concretas).

PRESUPUESTO REVOLUCIONARIO

La revolución del presupuesto consistiría en que el porcentaje de la renta petrolera haya pasado a ser minoritario (de un promedio alrededor del 65% a un 35%). Como se trata de una disminución relativa y el presupuesto ha crecido, la revolución consistiría en el aumento de los otros rubros. ¿Cuáles serían las dos magnitudes que indicarían una verdadera revolución?: El aumento de ganancias de las empresas del Estado y el aumento de la tributación (y la composición interna de los impuestos). ¿Son ellos los que absorben la baja de los ingresos petroleros? De ningún modo. Las principales partidas provienen de la especulación y de la liquidación del patrimonio. El porcentaje de las utilidades cambiarias (18%) supera en 5 puntos al impuesto sobre la renta (13%). En estas condiciones ¿qué interés puede tener el gobierno en implantar una paridad cambiaria? ¿Cómo va a acometer una reforma tributaria consistente (es decir, que grave al capital ocioso, las tasas de ganancias desorbitadas y el consumo superfluo) un gobierno que se dedica a especular con la moneda por incapacidad para establecer un gasto de divisas adecuado a las necesidades del país? Y sin embargo la salud de la República exige una reforma tributaria, no sólo como fuente fiscal sino para homogeneizar un poco el país logrando una base más estable para una construcción social y política de largo plazo. En vez de eso se anuncia cada vez con más insistencia la participación de las empresas privadas nacionales y transnacionales en las áreas de la industria pesada y la petroquímica que, como fuente de autonomía económica y política, el Estado venezolano con muy buen acuerdo había reservado para sí. Y mientras tanto se destina casi el 30% del presupuesto al pago de la deuda, mermando así de un modo sustancial las partidas sociales que, ante el alarmante deterioro, deberían expansionarse.

Es decir, que la "revolución" con que nos amenaza el gobierno consiste en una mayor privatización de la economía: el Estado comparte más con la burguesía sus propios ingresos y renuncia a una redistribución más equitativa y saludable de las ganancias. Por una macabra magia verbal a que nos tienen tan acostumbrados, "revolucionario" significa menos democrático.

LOS DE ABAJO

La causa profunda de esta lógica gubernamental está en la necesidad que tiene la maquinaria partidista y estatal de mantenerse a toda costa por sí misma y no en base a la legitimación que deriva de un desempeño eficiente en favor de la gran masa popular y los sectores medios.

Quienes comenzaron con la revolución de octubre y continuaron con la del 23 de enero nos salen ahora con esta revolución. Los de abajo es una novela muy sintomática que escribió el mexicano Mariano Azuela en 1916. Comenzaba con unos guerrilleros apostados en las alturas de un desfiladero desde donde batían a las tropas del gobierno. Acababa con unos guerrilleros apostados en las alturas de un desfiladero desde donde batían a las tropas del gobierno. Lo mismo; pero los batidores se convirtieron en batidos. Es la imagen de nuestra democracia, sólo que esta vez no hay batidores. Esto puede tranquilizar a los ciegos aferrados al poder. Nosotros quisiéramos que interpretáramos toda esta ausencia como una oportunidad para abrir los ojos. No es ningún ideal una vuelta a la tortilla. Lo que buscamos es una base social más equilibrada para que nuestra democracia pueda consolidarse. Esto nos conviene a todos. A la larga nadie gana con otro juego.

Nosotros no tenemos ningún poder de persuasión ni frente al gobierno ni frente a los partidos del status ni frente al capital. Dios quiera que otros que tienen más voz (y en primer lugar la jerarquía eclesiástica) se animen a hablar clara y persistentemente. Mientras tanto sólo queda colaborar poco a poco en la organización popular y tratar de convencer a grupos de profesionales de que puedan jugar sus capacidades e intereses en un proyecto que los exprese en un contexto de mayor justicia, equilibrio y creatividad.